

Tuvieron que decidirse; los empujó hasta la habitación contigua, donde en efecto, estaban esperando pacientemente otros labriegos, inmóviles y rígidos en sus sillas, en tanto que un escribiente del notario contemplaba desde la ventana una riña de perros, y los otros dos, malhumorados y aburridos, seguían haciendo sonar sus plumas sobre el papel de oficio.

Fuera, la familia permaneció un momento en medio de la calle.

—Si queréis— dijo el padre— la medición de tierras se hará pasado mañana lunes.

Aceptaron con un movimiento de cabeza, y bajaron la calle de Gronaire unos detrás de otros.

Luego el viejo Fouan y Rosa tomaron la calle del Temple, dirigiéndose hacia la iglesia, y Fanny y Delhomme se alejaron por la calle Mayor. Buteau se había detenido en la plaza preguntándose si su padre tendría ó no tendría dinero escondido; y Jesucristo, que se había quedado solo, después de encender otra vez la colilla de cigarro que llevaba en la boca, entró en el café del Buen Labrador.

III.

La casa de Fouan era la primera que se encontraba al entrar en Rognes, situada en la carretera de Cloyes á Bazoches-le-Doyen, que pasa por el pueblo, y el lunes el viejo salía al amanecer para acudir á la cita que había dado en la puerta de la iglesia, cuando vió en la puerta de al lado á su

hermana la Grande, que ya estaba levantada, á pesar de sus ochenta años.

Aquellos Fouanes habían nacido y crecido hacia siglos como una vegetación de plantas. Antiguos siervos de Rognes-Bonqueval, del cual no quedaba ya más rastro que unas cuantas piedras enterradas de su castillo derruido, habían sido emancipados en tiempos de Felipe el Hermoso. Desde entonces estaban convertidos en propietarios, primero de una tahulla, luego de dos, compradas al señor en un apuro y pagadas el doble de su precio en sudor y en sangre. Luego había comenzado la lucha, lucha de cuatrocientos años, para defender y aumentar aquella propiedad, con un encarnizamiento que iban heredando de padres á hijos; trozos perdidos y vueltos á adquirir; propiedad ilusoria puesta en tela de juicio y siendo objeto de litigio incesantemente; herencias recargadas con tan grandes impuestos, que parecían á punto de extinguirse; prados y tierras de labor que iban aumentando poco á poco, á pesar de todo esto, por esa necesidad de poseer que sentían, y lentamente iban saliendo victoriosos. En esa lucha sucumbieron generaciones enteras; pero cuando la revolución del 89 vino á consagrar sus derechos, el Fouan de entonces, José Casimiro, poseía veintiuna tahullas, conquistadas en cuatro siglos al antiguo dominio feudal.

En 1793, aquel José Casimiro tenía veintisiete años; y el día en que lo que restaba del antiguo dominio señorial fué declarado bienes del Estado y vendido á pública subasta, ardió en deseos de adquirir algunas hectáreas. Los Rognes-Bonqueval, arruinados, llenos de deudas, después de ha-

ber dejado que se derrumbase la última torrecilla de la mansión feudal, abandonaron á sus acreedores las granjas de la Borderie, de las cuales las tres cuartas partes seguían arrendadas. Había sobre todo, al lado de una de esas parcelas, un trozo grande que aquel labriego ambicionaba con el deseo furioso propio de los de su raza. Pero las cosechas iban mal, y apenas tenía ahorrados y escondidos en un puchero cien escudos, y si por un momento se le había ocurrido la idea de pedir auxilio á un prestamista usurero de Cloyes, cierta prudencia suspicaz le había impedido hacerlo: aquellos bienes de los nobles le daban miedo. ¿Quién sabe si luego se los volverían á quitar? De suerte que luchando entre su deseo y su desconfianza, tuvo el disgusto de ver que la Borderie subastada la compraba parcela á parcela, y por la décima parte de su valor, un burgués de Chateaudun, Isidoro Hourdequin, antiguo empleado en contribuciones.

Cuando José Casimiro se vió ya viejo, repartió sus veintiuna tahullas, á siete cada uno, entre sus hijos Mariana, Luis y Miguel, y á su hija pequeña Laura, educada para costurera, que trabajaba en Chateaudun, la indemnizaron en dinero. Pero los matrimonios rompieron esta igualdad. En tanto que Mariana Fouan, apodada la *Grande*, se casaba con un vecino, Antonio Pechand, que tenía por su parte unas diez y ocho tahullas, Miguel Fouan, apodado *Mouche*, se enamoraba de una chiquilla á quien su padre no había de dar más que dos tabullas de viñas. Por su parte, Luis Fouan, casado con Rosa Maliverne, heredera de doce tahullas, había reunido de ese modo las nueve

hectáreas y media que á su vez iba á repartir entre sus tres hijos.

En la familia, la Grande era respetada y temida, no por su avanzada edad, sino por su fortuna. Todavía muy derecha, muy alta, muy flaca y muy fuerte, con los huesos muy duros, tenía la cabeza descarnada como la de un ave de rapiña y un cuello flacucho y nervioso, de color sanguinolento. La nariz característica de la familia convertíase en ella en verdadero pico; sus dos ojillos redondos tenían miradas apagadas y mortecinas; ya no poseía un solo cabello debajo del pañuelo amarillo que llevaba continuamente á la cabeza, y en cambio á sus mandíbulas no les faltaba un solo diente. Caminaba siempre con el bastón en alto, porque no salía jamás á la calle sin un palo muy grande que hacía veces de bastón, y del cual se servía cuando llegaba el caso para pegar á los animales, y á los hombres también. Se quedó viuda muy joven con una hija, á la cual echó de su casa porque la bribona se empeñaba en casarse con un muchacho pobre, llamado Vicente Bouterone, y no la había perdonado ni siquiera ahora que su hija y su yerno habían muerto ya de miseria, dejándole una nieta y un nieto, Palmira é Hilario, de treinta y dos y veinticuatro años respectivamente. Ni perdonaba á sus nietos, á los cuales dejaba morir de hambre, prohibiendo á todo el mundo que le hablasen jamás de ellos ni le recordasen su existencia.

Desde que murió su marido dirigía personalmente los trabajos del campo; tenía tres vacas, un cerdo y un mozo de labranza que alimentaba como á los animales, y que la obedecía y la temía lo mismo que ellos.

Fouan al verla á la puerta de su casa, se había acercado á ella por respeto. Su hermana le llevaba diez años, y él sentía hacia la Grande la misma admiración que toda la gente del pueblo, por su dureza y energía, por su avaricia, por su terquedad por poseer y por vivir.

—Precisamente quería decirte una cosa, hermana—dijo después de saludarla.—Me he decidido y voy á las particiones.

Ella, sin contestar, apretó el bastón que blandía en el aire.

—La otra tarde quise pedirte consejo, pero llamé á la puerta y nadie me contestó.

Entonces ella respondió con voz agria:

—¡Imbécil!.... ¡Ya te he dado el consejo! Es menester ser muy tonto y muy bestia y muy cobarde para renunciar á lo que uno posee, mientras se pueda tener de pie. Yo, aunque me degollaran, diría que no.... ¡Ver que tienen otros lo que es de uno; quedarse á pedir limosna por los bribones de los hijos!.... ¡Oh, no! ¡Oh, no!

—Pero—objetó Fouan—cuando no puede uno labrar, cuando la tierra está mala....

—¡Pues que lo esté!.... Antes que soltar una tahulla iría yo todas las mañanas al campo á ver brotar los abrojos.

Y la vieja se erguía con ademán salvaje y pegándole en el hombro con su palo como si quisiera que así lo oyese mejor.

—Escucha—continuó—y acuérdate de esto.... Cuando ya no tengas nada y lo posean todo tus hijos, te negarán hasta una migaja de pan y te morirás de hambre como un pordiosero...., y entonces, que no te se ocurra venir á mí, porque ya

sabes que te lo he advertido con tiempo.... ¿Quieres saber lo que yo haría, eh, quieres?

Mouche escuchaba sin incomodarse, con la sumisión propia del hermano menor, y la vieja se metió en su casa, cerró la puerta con violencia y gritó:

—Pues haría esto.... ¡Muérete de hambre ahí fuera!

Fouan permaneció un momento inmóvil delante de aquella puerta cerrada. Luego hizo un gesto de resignada decisión y tomó el sendero que conducía á la plaza de la iglesia. Allí se encontraba precisamente la antigua casa patrimonial de los Fouan, que había correspondido á su hermano Miguel, llamado *Mouche*, porque la casa que él vivía, al otro extremo del pueblo, era de la herencia de Rosa, su mujer. *Mouche*, que estaba viudo hacía ya tiempo, vivía solo con sus dos hijas Elisa y Francisca, malhumorado y agrio de carácter siempre, humillado aún por su boda con una pobre, y acusando todavía después de cuarenta años á sus hermanos de haberle estafado en las particiones de la herencia paterna; y continuamente estaba contando aquella historia: que le habían dejado el lote más malo en el fondo del sombrero de donde estaban sacándolos, cosa que á la larga resultó ser cierto, porque se las había compuesto de manera que en sus manos la parte que de buena ó de mala manera le correspondía, había perdido la mitad de su valor. El hombre hace la tierra, como dicen en Beauce.

Aquella mañana *Mouche* estaba en la puerta de la casa observando lo que sucedía, cuando su hermano apareció en la plaza. Aquellas particiones

lo apasionaban, removiendo en él antiguos rencores, aunque nada de provecho fuese á sacar de ellas. Pero para afectar una indiferencia completa, también él volvió la espalda y cerró rápidamente la puerta.

Fouan vió en seguida á Delhomme y á Jesucristo que esperaban á veinte metros de distancia el uno del otro. Este se acercó al primero; entonces el otro se aproximó. Los tres, sin hablar una palabra, se pusieron á mirar el sendero que seguía la falda de la colina.

—Ya está ahí—dijo por fin Jesucristo.

Era Grosbois, el medidor de tierras, agrimensor jurado, un labriego de Magnolles, pueblecillo cercano á Cloyes. Su ciencia en lectura y en escritura estaba perdida. Llamado de Orgeres á Beaugency para medir tierras, dejaba que su mujer cuidase la hacienda que tenían, adquiriendo en sus continuas expediciones tales hábitos de embriaguez, que siempre estaba borracho. Muy gordo, muy gallardo aún para sus sesenta años, tenía la cara muy gorda y muy colorada, manchada en varios sitios de vetas moradas; y á pesar de la hora matinal, aquel día estaba atrozmente borracho, porque había asistido la víspera á una boda de unos vendimiadores de Montigny, verificada después de las particiones de una herencia. Pero eso no importa, porque cuanto más borracho estaba, más claro veía: jamás cometió un error de medida, ni hizo nunca una suma equivocada. Se le escuchaba y se le honraba, porque tenía mucha fama de malicioso.

—¡Hola! ¿estamos ya? ¡Pues andando!
Un chicuelo de doce años, sucio y desarrapado,

le seguía, llevando la cadena debajo de su brazo, el tripode y los jalones sobre un hombro, y en la mano que le quedaba libre el nivel, metido en un estuche viejísimo de carton, roto por todas partes.

Pusiéronse en marcha sin esperar á Buteau, á quien habían visto á lo lejos, de pie é inmóvil delante de una parcela, la más grande de la herencia. Esa parcela, de unas dos hectáreas próximamente, se halla precisamente junto al campo donde la Coliche había arrastrado á Francisca algunos días antes. Y Buteau, considerando que era inútil ir más lejos, se había detenido allí, absorto y esperando á los otros. Cuando éstos llegaron, vieron que se bajaba, que cogía un puñado de tierra y luego que la dejaba resbalar por entre los dedos lentamente como si estuviese pesándola y valorándola.

—Mirad—dijo Grosbois, sacando del bolsillo su cuaderno sucio y grasiento—ya he levantado un pequeño plano muy exacto de cada parcela, como deseabais, tío Fouan. Ahora sólo se trata de dividirlo todo en tres lotes, y eso, hijos míos, lo vamos á hacer todos reunidos..... Vamos á ver, decidme vuestra opinión.

Era ya completamente de día; un viento helado impulsaba con rapidez los nubarrones cenicientos que cubrían el cielo; el río, sacudido por él, presentaba un aspecto triste y sombrío. Ninguno de ellos, sin embargo, parecía echar de ver aquel viento que hinchaba sus blusas y amenazaba llevarse sus sombreros. Los cinco, vestidos con los trapitos de cristianar, con la mejor ropa de los domingos, por lo solemne de la circunstancia, permanecían silenciosos. En el borde de aquel

campo, en medio de aquella extensión de tierra sin límite, llevaban impresa en sus caras esa expresión reflexiva y seria de los marinos que viven solos y acostumbrados á los desiertos espacios de la mar. Aquella Beauce fértil, fácil de cultivar, pero que exige siempre un esfuerzo continuo, ha hecho al habitante de la comarca frío y reflexivo y sin más pasión, sin más afecto que el afecto y la pasión por la tierra que cultiva.

—Hay que partirlo todo en tres—acabó por decir Buteau.

Grosbois movió la cabeza y se enredó una discusión. Él, favorable al progreso por sus relaciones con las grandes granjas, se permitía algunas veces decir á los pequeños propietarios, clientes suyos, que era un mal la repartición á todo trance. ¿No se arruinaba todo con trozos como pañuelos? ¿Podían llamarse cultivos aquellos jardincillos que no se podían mejorar, y en los cuales no se podían emplear las máquinas? No; lo más razonable sería llegar á un acuerdo y no destrozar de aquel modo un campo, cometiendo un verdadero asesinato. Si el uno se contentaba con tierras de labor, el otro se contentaría con los prados; en fin, se llegaría á igualar los lotes y decidiría la suerte.

Buteau, cuya juventud le hacía accesible á la risa, lo tomó á broma.

—Y si no tengo más que prados, ¿qué comeré entonces? ¿Hierbas?... No, no, yo quiero de todo: heno para la vaca y el caballo, grano y viña para mí.

Fouan, que escuchaba, aprobaba con un gesto. De padres á hijos habían partido siempre de aquel modo, y las adquisiciones y los matrimonios

venían luego á redondear las piezas de nuevo.

Rico con sus veinticinco hectáreas, Delhomme tenía ideas más amplias; mostrábase conciliador, y no había venido en nombre de su mujer más que para no ser robado en las medidas. Cuanto á Jesucristo, había dejado á los otros, yéndose á perseguir golondrinas con las manos llenas de piedras. Cuando una de aquellas aves, contrariada por el viento, permanecía dos segundos en el aire, inmóvil, agitando las alas, él la derribaba con una destreza salvaje. Cayeron tres y las guardó sangrando en su bolsillo.

—Vamos, bastante hemos hablado; haznos esas tres partes—dijo Buteau tuteando al medidor—y no seis, porque tú tienes aire esta mañana de ser á la vez Chartres y Orleans.

Grosbois se irguió con mucha dignidad.

—Muchacho, cuida de estar tan borracho como yo y de abrir el ojo.... ¿Quién de vosotros quiere tomar mi sitio en el nivel?

No atreviéndose nadie á aceptar el desafío, triunfó y llamó bruscamente al chicuelo á quien la caza á pedradas de Jesucristo tenía estupefacto de admiración. Puesto ya el nivel en su pie y colocados los jalones, la manera de dividir la pieza suscitó nuevas disputas. El medidor, apoyado por Fouan y Delhomme, quería dividir las dos hectáreas en tres fajas paralelas al valle del Aigre, mientras que Buteau exigía que las fajas fuesen tomadas perpendiculares al valle, bajo el pretexto de que la capa laborable se adelgazaba conforme se aproximaba á la pendiente. De este modo cada uno tendría su parte en el pedazo malo, y del otro modo el tercer lote sería todo de calidad inferior.

BIBLIOTECA DE LA TIERRA
"ALFONSO" 12-123
1885 MONTERREY, MEXICO

Pero Fouan se incomodaba, jurando que el fondo era el mismo en todas partes, y recordaba que la antigua partición entre él, Mouche y la Grande se había hecho en el mismo sentido que indicaba; y la prueba era que las dos hectáreas de Mouche bordeaban el tercer lote. Delhomme, por su parte, hizo una observación decisiva: aun admitiendo que aquel lote fuera el menos bueno, su propietario quedaría beneficiado el día en que abrieran el camino que debía llegar hasta allí.

—¡Ah, sí!—exclamó Buteau.—¡El famoso camino directo de Rognes á Chateaudun por la Borderie! ¡Podéis esperarlo sentados!

Después, como á pesar de su insistencia siguieran adelante, protestó con los dientes apretados.

El mismo Jesucristo se había acercado, y todos seguían con mucha atención las líneas que hacía Grosbois, vigilando con ojo alerta, como si sospechasen que quisiera beneficiar en un centímetro á cualquiera de las partes. Tres veces vino Delhomme á mirar por el nivel. Jesucristo juraba contra el chicuelo porque tendía mal la cadena. Pero Buteau, sobre todo, seguía la operación paso á paso, contando los metros y rehaciendo á su manera los cálculos con boca temblorosa. Y en aquella ansia de la posesión, en la alegría que experimentaba de coger la tierra, latía la amargura, la sorda rabia de no quedarse con todo. ¡Era tan hermosa aquella pieza de dos hectáreas para uno solo! Había exigido la partición para que nadie la poseyese, ya que él no podía poseerla, y ahora aquel destrozado le desesperaba. De nuevo buscó malas razones.

Fouan, con los brazos caídos, había mirado despedazar su bien sin decir una palabra.

—Esto es hecho—dijo Grosbois.—Ni una ni otra tiene una libra más.

Había todavía cuatro hectáreas de tierras de labor, pero divididas en una decena de piezas, de las cuales ni una sola llegaba á doce áreas; y habiendo preguntado irónicamente el medidor si había que detallarlas, volvió á comenzar la división.

Buteau había hecho un gesto instintivo, bajándose, cogiendo un puñado de tierra y aproximándose á la cara como para probarlo. Luego, con un fruncimiento de nariz pareció declararla la mejor de todas; y habiéndola dejado escapar dulcemente por entre sus dedos, dijo que se conformaba si se le dejaba la parcela; de otro modo exigía la división. Delhomme y Jesucristo rehusaron, queriendo también su parte. ¡Sí, sí! Cuatro áreas á cada uno; esto era lo justo. Se hizo la partición de todas las piezas, y quedaron seguros de que ninguno podía tener nada que los otros dos no tuviesen.

—Vamos á la viña—dijo Fouan.

Pero como volviesen hacia la iglesia, lanzó una última mirada á la inmensa llanura, y escuchó un instante los lejanos ruidos de la Borderie. Luego, dando un suspiro de dolor inconsolable, haciendo alusión á la ocasión desperdiciada de los bienes nacionales, dijo:

—¡Ah! ¡si el padre hubiera querido, es todo eso lo que habríais tenido que medir, Grosbois!

Los dos hijos y el yerno se volvieron con un movimiento brusco y volvieron á mirar despacio

las trescientas hectáreas de la granja que se extendían ante su vista.

—¡Bah!—gruñó sordamente Buteau poniéndose otra vez en marcha—buen provecho nos hará esa historia!

A las diez ya estaba hecho lo más importante del trabajo. Pero apresuraron el paso, porque el viento había caído y una gran nube acababa de despedir un gran chaparrón. Algunas de las viñas de Rognes estaban al otro lado de la iglesia, en la pendiente que bajaba hasta el Aigre.

En otro tiempo alzábase el castillo en aquella parte con su parque; y apenas hacía medio siglo que los campesinos, animados por el éxito de los viñedos de Montigny cerca de Cloyes, se habían decidido á plantar viñas en aquella ladera, indicada para ello por su situación al mediodía y por su pendiente. El vino era pobre, pero de un gustillo agradable que recordaba los vinillos de Orleans. Por lo demás, apenas cultivaba cada habitante algún pequeño trozo de terreno; el más rico, Delhomme, poseía tres talullas de viña; el cultivo del país era todo de cereales y plantas forrajeras.

Dieron la vuelta á la iglesia, siguiendo á lo largo del antiguo presbiterio en ruinas, donde la municipalidad había alojado al guarda campestre. Cuando atravesaban un terreno rocoso, cubierto de arbustos, una voz aguda, saliendo de un agujero, gritó:

—Padre, está lloviendo y voy á sacar los gansos.

Era la Trouille, la hija de Jesucristo, una chucela de doce años, delgada y nerviosa, con enma-

rañados cabellos rubios. Su boca grande torcíase hacia la izquierda; sus ojos verdes tenían una fijeza atrevida, hasta el punto de que se la hubiera podido tomar por un muchacho, y llevaba una blusa vieja de su padre ceñida á la cintura con una cuerda. Aunque la llamaban la Trouille, su nombre era Olimpia.

Jesucristo había tenido á aquella especie de salvaje de una mendiga de caminos recogida en un foso después de una feria, y á la cual había instalado en su choza con gran escándalo de Rognes. Durante tres años aquella pareja había vivido junta; después, un día, aquella perdida se fué como había venido, siguiendo á otro hombre. La niña, mal amamantada, había crecido raquítica como mala hierba; y desde que andaba hacía la sopa á su padre, á quien temía y adoraba. Pero su pasión eran sus gansos. No tenía más que dos, macho y hembra, robados pequeñitos en una granja. Luego, gracias á sus cuidados maternos, la bandada se había multiplicado y ahora tenía ya veinte.

Cuando apareció la Trouille llevando por delante con su vara á los gansos, Jesucristo se encolerizó.

—¡Vuélvete á la sopa, ó ya verás!.... Y además, cochina, cierra bien la casa, que hay muchos ladrones.

Buteau se echó á reír y Delhomme y los demás también se sonrieron: aquella salida de Jesucristo les hacía gracia. Había que ver la casa, una cueva, tres muros en tierra, un verdadero agujero, entre unos peñascos y bajo unos tilos. Aquello era todo lo que quedaba del castillo; y cuando el cazador furtivo, á consecuencia de una disputa con su pa-

dre, se había refugiado en aquel rincón que pertenecía al pueblo, tuvo que construir con piedras en seco para cerrar la cueva, una cuarta pared en la que dejó dos aberturas, una ventana y la puerta. En el país se llamaba á aquello el castillo.

Dichosamente la viña estaba cerca, y la división en tres lotes se hizo sin nuevas discusiones. Ya no quedaba más que partir tres hectáreas de prado abajo, en la orilla del Aigre; pero en aquel momento apretó tanto la lluvia y cayó tal diluvio, que el medidor, al pasar por delante de una casa, propuso entrar en ella.

—¡Si entráramos un minuto en casa del señor Carlos!

Fouan se había detenido vacilando, lleno de respeto hacia su cuñado y su hermana que, hecha su fortuna, vivían retirados en aquella finca de burgueses.

—No, no—murmuró;—almuerzan á mediodía, y esto les molestaría.

Pero el señor Carlos apareció en la puerta, mirando con interés la lluvia, y al verlos les gritó:

—¡Entrad, entrad!

Al verlos calados, les dijo que fueran hacia la cocina, donde se les unió. Era un hombre de sesenta y cinco años, muy bien conservado, afeitado, de mirada apagada y con el rostro digno de un magistrado jubilado. Vestía de paño burdo azulado y llevaba un levitón de cura con mucha dignidad, como hombre que había desempeñado siempre funciones delicadas llenas de autoridad.

Cuando Laura Fouan, entonces costurera en un almacén de Chateaudun, se había casado á los veinticinco años con Carlos Badeuil, éste tenía

un cafetín en la calle de Angulema. De allí, el joven matrimonio, ambicioso, ansioso de hacer pronto fortuna, habiase trasladado á Chartres. Pero al pronto nada les salía bien, todo se deshacía entre sus manos; tuvieron otro cafetín, un *restaurant*, hasta una tienda de pescados salados; y desesperaban ya tener jamás dos cuartos, cuando el señor Carlos, de un carácter muy emprendedor, tuvo la idea de comprar una de las casas públicas de la calle de los Judíos, caída en descrédito por tener personal defectuoso y por suciedad notoria. De una ojeada juzgó la situación, las necesidades de Chartres, la laguna que había que llenar en una capital que carecía de un establecimiento honrado, donde la seguridad y el *comfort* estuviesen á la altura del progreso moderno. Desde el segundo año, en efecto, el 19, restaurado, adornado con cortinajes y espejos, provisto de un personal escogido con severidad, se hizo conocer tan ventajosamente, que hubo que elevar á seis el número de las mujeres. Los militares y los empleados, todo lo mejor, en fin, no iba á otra parte. Y este éxito se mantuvo, gracias al brazo de acero del señor Carlos y á su administración paternal y fuerte; mientras que su esposa mostraba una actividad extraordinaria, siempre ojo alerta, no dejando perder nada, sabiendo tolerarlo todo cuando era preciso.

En menos de veinticinco años los Badeuil economizaron trescientos mil francos, y entonces pensaron en realizar el sueño de toda su vida: una vejez idílica en plena naturaleza, con árboles, flores y pájaros. Pero lo que les detuvo dos años todavía, fué el no encontrar comprador para el nú-

mero 19, al precio elevado en que lo tasaban. ¿No era para desgarrar el corazón que un establecimiento, el mejor de su clase, que producía más que una granja, quedase abandonado á manos desconocidas, entre las cuales acaso degeneraría? Desde su llegada á Chartres, el señor Carlos había tenido una hija, Estrella, que puso en el colegio de las Hermanas de la Visitación, en Chateaudun, cuando se instaló en la calle de los Judíos. Aquella era una pensión devota, de una moralidad rigida, en la cual dejó á la joven hasta los veinte años para refinar su inocencia, enviándola á pasar las vacaciones lejos, ignorante del oficio que la enriquecía. No la retiró de allí hasta el día en que la casó con un joven empleado, Héctor Vaucogne, un guapo mozo que estropeaba muy buenas cualidades con una extraordinaria pereza. Frisaba ya Estrella en los treinta años y tenía una hija de siete, Elodia, cuando sabiendo ya todo lo que había que saber, al enterarse de que su padre quería traspasar su comercio, le pidió la preferencia. ¿Por qué había de salir de la familia un negocio tan seguro y tan bello? Todo quedó arreglado, los Vaucogne tomaron el establecimiento, y los Baudenil tuvieron desde el primer mes la satisfacción de ver que su hija, educada sin embargo en otras ideas, se revelaba como una ama de casa superior, lo que compensaba dichosamente la holgazanería de su yerno, desprovisto de sentido administrativo. Ellos retiráronse, hacía cinco años, á Rognes, donde cuidaban de su nieta Elodia, que habían puesto en la pensión de Chateaudun (las hermanas de la Visitación) para ser educada religiosamente, según los principios más estrictos de la moral.

Cuando el señor Carlos entró en la cocina, donde una criada estaba batiendo huevos, cuidando de una cazuela llena de alondras con manteca, todos, hasta el viejo Fouan y Delhomme, se descubrieron y parecieron muy halagados de estrechar la mano que se les tendía.

—¡Ah, demonio!—dijo Grosbois, para decir algo adulador,—¡qué hermosa finca tenéis, señor Carlos.....! Y cuando se piensa que la habéis comprado casi en nada..... Bueno, bueno estáis, ¿verdad?

El otro se regodeó.

—Una ocasión, una ganga. Nos gustó; y luego, mi mujer quería acabar sus días en su país natal..... Yo, cuando se trata de estas cosas del corazón, cedo siempre.

Rosablanca, como llamaban á la propiedad, era la locura de un burgués de Cloyes que acababa de gastar en ella cerca de cincuenta mil francos, cuando una apoplejía lo mató antes de que se secasen las pinturas. La casa, muy linda, estaba rodeada de un jardín de tres hectáreas que bajaba hasta el Aigre. En el fondo de aquel rincón perdido en los límites de la triste Beauce no se había presentado ni un comprador, y el señor Carlos lo había adquirido en veinte mil francos. Allí tenían satisfacción todos sus gustos, con truchas y anguilas soberbias, con colecciones de flores cultivadas con amor, con pájaros, en fin, una gran pajarera llena de todas las especies cantoras de nuestros bosques, que nadie más que él cuidaba. El matrimonio se comía allí sus doce mil francos de renta en una dicha completa, mirada como la recompensa de sus treinta años de trabajos.

—¿No es esto?—añadió el señor Carlos;—al menos se sabe que estamos aquí.

—Sin duda se os conoce—contestó el médico.—Vuestro dinero habla por vos.

Los demás aprobaron.

—Verdad, verdad.

Entonces el señor Carlos dijo á la criada que trajera vasos, y él mismo fué á la cueva á buscar dos botellas de vino. Todos, con la nariz vuelta hacia la cazuela donde se asaban las alondras despidiendo un apetitoso olor, bebieron gravemente paladeando.

—¡Ah, diablo! ¿esto no es del país.....! ¡Famoso!

—Otro trago..... ¡A vuestra salud!

—¡A vuestra salud!

Cuando dejaban sus vasos, apareció la señora Carlos, una señora de sesenta y dos años, de aire respetable, con cabellos como la nieve, y que tenía el color y el aire de los Fouan, pero con esa palidez rosada, apacible y dulce del claustro, de carnes de vieja religiosa que ha vivido á la sombra. Y estrechándose contra ella, Elodia, de vacaciones en Rognes por dos días, seguía llena de timidez. Comida por la clorosis, muy alta para sus doce años, tenía la blanda delgadez y los cabellos escasos y descoloridos de su sangre empobrecida, y tan abrumada, por otra parte, por su educación de virgen inocente, parecía imbécil.

—¡Calle! ¿estáis aquí?—dijo la señora Carlos estrechando las manos de su hermano y de sus sobrinos con un movimiento lento y digno, como para marcar las distancias.

Y volviéndose, sin ocuparse más de aquellos hombres,

—Entrad—dijo—entrad, señor Patoir..... El animal está aquí.

Era el veterinario de Cloyes, un regordete sanguíneo y con fuertes bigotes. Acaba de llegar en su cabriolet lleno de fango.

—Este pobrecito—continuó, sacando de junto al hogar una cesta donde agonizaba un viejo gato—este pobrecito ha cogido ayer una parálisis, y por eso os he avisado..... ¡Ah! ya no es joven, tiene quince años..... Sí, lo hemos tenido diez años en Chartres, y el año pasado tuvo mi hija que des- embarazarse de él, y yo lo he traído aquí, porque se escondía por todos los rincones de la tienda.

Aquello de la tienda era por Elodia, á la cual contaban que su padre tenía una confitería y que estaban tan ocupados que no podían tenerla con ellos. Por lo demás, los campesinos ni siquiera sonrieron, porque se decía en Rognes que «la granja de los Hourdequin no era tan buena como la tienda del señor Carlos.» Y con los ojos muy abiertos miraban al viejo gato, seco, pelado; el viejo gato que había dormido en todas las camas de la calle de los Judíos; el gato acariciado, mimado por las manos suaves de cinco ó seis generaciones de mujeres. Durante tanto tiempo había hecho la vida de gato favorito, familiar del salón y de los gabinetes reservados, lamiendo los restos de las pomadas, bebiendo el agua de las palancanas y asistiendo á tantos espectáculos como mudo soñador, viéndolo todo con sus brillantes ojos.

—Señor Patoir, yo os lo suplico, curadle.

El veterinario arqueaba las cejas y fruncía su nariz y su boca de dogo.

—¡Cómo!—exclamó;—¡y es para esto para lo

que me habéis molestado!..... ¡Si queréis curarlo, atadle una piedra al cuello y tiradlo al río!

Elodia se echó á llorar, y la señora se ahogaba de indignación.

—¡Vuestro minino huele! ¿Y se conserva esta asquerosidad para traer el cólera á una casa?..... ¡Tiradlo al río!

Sin embargo, ante la indignación de la señora Carlos, acabó por sentarse á la mesa y redactó una receta gruñendo.

—Si os divierte ser apestada..... A mí, en pagándome, lo demás me importa poco..... ¡Mirad! le daréis de hora en hora una cucharada de esto; y he aquí otra droga para dos lavatorios, uno esta noche y el otro mañana.

Hacia un instante que Carlos se impacientaba viendo cómo se quemaban las alondras, mientras que la criada, que había dejado de rebozar las chuletas, esperaba con los brazos caídos. Así, dió vivamente á Patoir los seis francos de la visita y excitó á los otros á beber otro vaso.

—Hay que almorzar..... ¡hein! ¡Qué placer veros! La lluvia ha parado.

Y salieron con sentimiento. El veterinario repetía al subir en su carricoche:

—¡Un gato que no vale ni la cuerda para echarlo al agua!..... ¡En fin, cuando se es rico!.....

—El dinero de las putas se gasta lo mismo que se gana—gruñó Jesucristo.

Pero todos, hasta el mismo Buteau, que había palidecido de envidia, protestaron con un movimiento de cabeza; y Delhomme, el hombre prudente, declaró:

—No importa haber sido un pillito ó un animal,

cuando se ha sabido ganar doce mil libras de renta.

El veterinario fustigó á su caballo, y los demás bajaron hacia el Aigre por los senderos convertidos en torrentes. Llegaban á las tres hectáreas de prados que se trataba de partir, cuando volvió á comenzar la lluvia con la fuerza de un diluvio. Pero aquella vez siguieron adelante, aun muertos de hambre, queriendo acabar. Sólo los retrasó una sola discusión á propósito del tercer lote que no tenía árboles, mientras que un pequeño bosque se repartía entre los otros dos. Todo, sin embargo, pareció arreglado y aceptado. El medidor les prometió enviar las notas al notario para que pudiera extender el acta, y se convino en dejar para el domingo siguiente el sorteo de los lotes, que se debía verificar en casa del padre á las diez.

Al entrar en Rogues, Jesucristo se puso á jurar bruscamente.

—¡Espera, espera, cochina Trouille; verás cómo te arreglo yo!

Por la orilla del camino, llena de hierba, la Trouille, sin apresurarse lo más mínimo, paseaba sus gansos, á pesar de la torrencial lluvia que descargaba. A la cabeza de todos, mojado y muy contento, caminaba el macho, y cuando él volvía á la derecha su enorme pico amarillento, todos los picos se volvían hacia la derecha. Pero la chicuela se asustó, subió corriendo en busca de la comida, seguida por la bandada de enormes cuellos que se estiraban detrás del enorme estirado cuello del macho.